

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO

HOMILÍA

TEROR, 8 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Miqueas 5, 1-4a
Salmo 71
Romanos 12, 9-16b
Lucas 1, 39-55

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO

Teror, 8 de Septiembre de 2009

Virgen del Pino, Madre de todos, Madre en especial de los pequeños, de los débiles, Madre de nuestra Diócesis, quiero este año empezar mis palabras hablando contigo. Necesito hablar contigo y escucharte a ti. Y quiero proponer e invitar a todos a que hagan lo mismo: hablarte y escucharte.

Venimos, Madre, con nuestras alegrías, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestros sueños... Queremos contártelo todo, agradecerte mucho, pedirte mucho. Y también venimos con nuestras preocupaciones, y nuestros dolores, los que no hemos conseguido olvidar porque eran y siguen siendo demasiado pesados para que los hiciese volar el paso del tiempo. Algunos de estos dolores los llevamos particularmente grabados. No hace todavía un mes que nuestros hermanos Francisco y Pablo, su hijo, murieron aquí en Teror en su taller de pirotecnia. Hace poco más de un año que un trágico accidente aéreo nos arrancaba la paz y nos dejaba seco y encogido el corazón a todos. Han seguido viniendo hacia nosotros emigrantes arriesgando su vida, y no son pocos los que han dejado en el trayecto, algunos tocando ya las rocas de nuestras islas. En este año ha seguido aumentando el número de los parados, y sabemos, sin llegar a conocer su alcance, que detrás de los números hay rostros y vidas, y sufrimiento y deterioro.

Hoy es tu día, el día de tu cumpleaños: la Natividad de la Virgen María. Aquí lo llamamos la Fiesta de la Virgen del Pino, porque ese es el nombre que el cariño de los hijos te puso en este lugar, en esta Isla, en esta Diócesis. Venimos a felicitarte con todo el corazón. Con

las palabras de tu pariente santa Isabel te decimos: *"¡Bendita entre las mujeres, bendito el fruto de tu vientre! ¡Feliz tú que eres creyente, porque Dios cumple en ti todo lo que te ha dicho!"*. Nos sentimos llamados todos, hemos sentido que se acercaba este día y ya por eso solo hemos sentido que iba brotando en nuestro corazón una sonrisa. Y hemos repasado lo que teníamos que decirte para felicitarte; y lo que teníamos que nombrar para pedirte; y lo que teníamos que repasar para agradecer. Tenemos mucho que hablar contigo. Te lo diremos y te lo estamos diciendo con los labios, pero también hablarán nuestros ojos, y nuestras manos tendidas hacia tu manto, y nuestros pies que nos acercarán a tu imagen para sentirnos seguros a tu lado, y esperanzados ante la vida que tenemos que seguir. También te hablará nuestro silencio, que te dirá lo que no saben o no pueden expresar las palabras. Sí, tenemos mucho que hablar contigo. Seguramente también tendremos mucho que corregir para que una Fiestas que son para felicitarte y para encontrarnos como hijos contigo, no se deterioren en su ambiente social por los excesos que todos lamentamos. Será cosa de todos. Ayúdanos.

Y ahora, me toca y nos toca escuchar a la Madre. La buena Noticia que hoy hemos proclamado nos pone a la escucha de la Virgen. Ella reza en voz alta ante Isabel su prima, y nosotros acogemos sus palabras como expresión de su fe y como manifestación del Dios que lleva en su corazón.

Hay un tono de fiesta en esta página del Evangelio. María, llevando a Jesús en su vientre, se presenta a aquellos que la necesitan, en este caso, Isabel; hoy a nosotros. Es, ya, la Madre que lleva, entrega, dona, a su Hijo. Y eso es el gran motivo de alegría. Recibimos de las manos de María la Luz de Dios, la Carne de Dios, la cer-

canía de Dios: Jesús, el Señor, el Hijo eterno de Dios.

María responde a la felicitación de Isabel con el canto del Magníficat. Es la gran oración de María. Nos conviene entrar en esta escuela de María para aprender en esa oración la imagen de Dios que María tiene en el corazón.

Verificar 'la imagen de Dios que llevamos en el corazón', el 'Dios al que rezamos', no resulta indiferente o inútil. No es un juego. Saben muy bien -a veces me ha producido hasta pena-, comprobar que en el corazón de algunas personas, está la imagen del Dios de la estaca, del Dios que está con el palo esperando sorprendemos en el desliz pequeño o grande, para damos el golpe. No falta gente que contempla las desgracias pequeñas o grandes que le sobrevienen a ellos mismos o a los vecinos, y dice: 'Dios te ha castigado', o 'Dios me ha castigado'. O cuantas veces se queja diciendo: '¿Qué te hecho, Dios, para que me trates así, para que me mandes esto?' Como si las cosas que nos pasan fueran la venganza de un Dios sediento de nuestro mal, sediento de nuestro sufrimiento.

Por eso, aprendiendo en la escuela de María, cómo reza, a qué Dios reza ella, vemos también a qué Dios acude, en qué Dios confía, con qué Dios cuenta, y qué Dios nos pone de manifiesto.

El Dios que nos muestra la oración de María es un Dios Amor **gratuito**. Amor gratuito significa que no se basa en lo buenos que somos, ni en lo grandes o importantes que somos. No. Amor gratuito significa que nos

ama sin fundarse en ningún motivo o mérito por nuestra parte, que se fija en nosotros porque quiere; e incluso más, precisamente porque estamos necesitados. Cuanto más pequeños, más humildes, más desgraciados, cuanto menos razones tenemos para ser amados, más somos amados por El. Esa es la gratuidad del Amor de Dios. Este es el Dios que refleja María en el canto del Magníficat: "Ha mirado la pequeñez de su esclava". El canto del Magníficat subraya el motivo profundo de su alegría: "No soy nadie, no cuento nada para nadie, y, sin embargo, Dios se ha fijado en mí". Esto es importante. Es muy importante no sólo para rezar, sino para vivir.

El mundo hoy necesita una gran dosis de esta gratuidad. El Santo Padre Benedicto XVI, en su última Carta Encíclica *Caritas in Veritate*, -una Carta que recomendando e invito vivamente a estudiar a los políticos, economistas y responsables de los asuntos públicos- habla insistentemente de este tema, y se atreve a indicarlo como necesario para el mismo desarrollo auténtico de la economía: "El gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económico-financiera actual, es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no sólo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la transparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las *relaciones mercantiles* el *principio de gratuidad* y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben *tener espacio en la actividad económica ordinaria*. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo" (*Caritas in Veritate*, 36).

El mundo hoy necesita una gran dosis de gratuidad. En la lógica de la productividad, el beneficio y la utilidad, hay mucha gente que tiene muchas razones para ser querida. Una buena cartera es una gran razón para que una persona sea querida. Rodeando a los que tienen una buena cartera, siempre hay la posibilidad de que toque algo. Un poder, una capacidad de influencia, el poder político, o el poder eclesiástico, o el poder que da el saber, la cultura. Rodeando a los que tienen o tenemos poder, siempre vemos a mucha gente, porque siempre es posible llegar a ser alguien. ¿Y a los que no tienen nada? ¿Y a los que no cuentan? ¿Y a los que no son nada? ¿Quién ama a los que no tienen ninguna razón para ser amados? ¿Quién piensa en ellos y actúa para ellos?

Esto es lo que dice la Virgen: Yo no soy nadie, pero Dios ha puesto sus ojos en mí. "Ha mirado la pequeñez de su esclava". Hay una gran paradoja en la actuación y en las palabras de María: ella llama a Dios grande y poderoso, pero subraya que su grandeza consiste precisamente en que se fija en la pequeñez de los que no cuentan para nadie, y su poder estriba en que se acuerda de su misericordia y hace que su misericordia llegue a todos. Esto es lo que canta María en su oración. Es un modelo para orar. Pero es sobre todo un modelo para vivir, porque es un modelo para amar. Amar a los demás en la verdad, auténticamente, como Dios nos ama. Y por lo tanto amar a todos, a los que tienen mil razones humanas para ser amados, pero muy en especial, preferentemente, a los que no tienen ninguna razón para ser amados. De una manera especial es modelo para vivir y actuar para cuantos somos grandes y tenemos poder en la vida social: políticos, empresarios, pastores, pensados-

res. Nuestra grandeza se verifica y legitima en la capacidad de fijarnos en los que no cuentan para nadie, en los que no tienen ningún peso social.

Esto es lo que María nos enseña sobre Dios, y nos enseña para la vida de cada día. Oramos como vivimos y vivimos como oramos. A veces, hay oraciones que no dicen nada, pero es porque responden o nacen de vidas que no dicen nada. La oración como puro sentimiento, y la vida, el amor a los demás, como puro sentimiento, sin entrega y sin compromiso. A veces oramos a Dios con palabras que nos salen sólo de los labios, no del corazón, pero es porque casi no tenemos corazón desde donde salgan las palabras. Cuando vemos a un auténtico orante, viendo cómo ora sabemos cómo vive. Y María es orante en verdad. Su plegaria está aquí en el Magníficat, que es la expresión de su oración y el retrato de su vida. Y en paralelo y en coherencia a su oración la veremos en la vida atenta a los demás: sirviendo a Isabel en los últimos meses de su embarazo; detectando las carencias de los novios en Caná: No tienen vino; a los pies de la Cruz sufriendo con su Hijo, y acogiendo a Juan y en él a todos nosotros como hijos; siendo en la Iglesia que da los primeros pasos la memoria viva de Jesús.

Las Fiestas de la Virgen del Pino de este año en boca de todos son las fiestas de la crisis. Por eso es bueno que acojamos estas palabras de la Virgen María como la gran luz y la gran esperanza para estos momentos. Son luz porque nos invitan a seguir sus huellas, las huellas de Dios que María nos muestra, mirando hacia donde Dios mira; poniendo nuestros ojos en los pequeños y en los débiles. La gratuidad del amor de Dios, que María canta, es la gratuidad que hemos de introducir en la vida

diaria. La crisis no afecta a todos por igual.

“La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión” (*Caritas in Veritate*, 6).

Las palabras de Pablo en la carta a los Romanos, que también hoy hemos escuchado, son un resumen del mensaje de esta Fiesta: “*Que vuestra caridad no sea una farsa... No tengáis grandes pretensiones, sino poneos a nivel de la gente humilde*”. Es cierto, amamos en verdad cuando nos ponemos en el lugar de los últimos y miramos con sus ojos.

Virgen del Pino, Madre y Señora nuestra, escúchanos y enséñanos a escuchar.

+ Francisco, Obispo